

Horacio González (comp.),  
*Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes,*  
Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2000, 535 páginas

Desde hace muchos años Horacio González viene llevando adelante desde la docencia, desde las diferentes revistas que anima y desde trabajos como *Restos pampeanos* un importante esfuerzo por pensar los problemas del presente partiendo de la tradición del pensamiento social argentino. Es en este proyecto que se inserta la *Historia crítica de la sociología argentina* por él compilada. Presentar un texto de más de 500 páginas y compuesto por más de 30 trabajos de diferentes autores, géneros y estilos no es tarea fácil. A hacer la tarea realizable contribuye un elemento que opera como hilo conductor de la obra: la historia de la sociología “nacional” es leída por los diferentes autores a partir del “eterno” combate entre ensayistas, que buscan interpretar, y científicistas, más que científicos, que persiguen los hechos brutos. Situados ante esta oposición la mayoría no duda y rescata la primera tradición, a la que consideran más fructífera y profunda, la que habría sido sepultada por una hueca retórica científicista, aupada además por las agencias de financiamiento foráneas. Sin embargo, y creemos que aquí se encuentran algunos de los aportes más interesantes, podemos encontrar en los trabajos que forman parte del libro elementos para desmontar esa polaridad que aparecía

irreductible. Así, se vislumbra la influencia que tópicos del discurso positivista tienen sobre autores como Jauretche, o se subrayan, ya sea para ensalzarlos o criticarlos, motivos ensayísticos en el discurso de Germani.

El libro recorre dos veces este camino: el artículo de González, que abre la compilación, es en sí mismo una historia de la sociología que plantea los tópicos y los debates que serán retomados en el resto de los trabajos. En él encontramos los sucesivos recomienzos de la sociología: Echeverría y, casi en secreto, el *Facundo*, Quesada, el positivismo y el ensayo sobre el ser nacional, Germani y la sociología académica, y finalmente el regreso de la sociología universitaria después de 1983. El viaje comienza en Europa: la sociología nace en la estela del socialismo utópico, que la marca y la tensiona entre la investigación despojada de supuestos y la presentación de un sistema lógico que permite prescribir comportamientos deseables. Es Esteban Echeverría quien, junto a otras novedades, la trae a la Argentina. En estas tierras la tensión fundacional se complejiza con la vacilación, que caracterizará el debate nacional en el futuro, entre la adhesión a un ideal universal y el reconocimiento de las particularidades locales. La sociología procesará la tensión

entre prescripción y análisis, sobredeterminada por la consideración o no de la especificidad nacional, a través de la construcción de una agenda de exclusiones y destierros, de instituciones que ignoran lo que las precede. Entre los olvidos, González subraya el del socialismo con el que se vinculaba en sus orígenes y que se manifestaba aún a fines de siglo, cuando desde *La Montaña* se postulaba una ciencia capaz de profetizar la redención social.

Uno de los primeros esfuerzos explícitos por la definición de un discurso sociológico científico, alejado de las interpretaciones morales y el saber novelístico, es el de Ernesto Quesada. En su debate contra el criollismo se encontraría un llamado a remover los obstáculos que se oponen a la modernización, prefigurando el proyecto de Germani. Sin embargo, subraya González, sus vastos intereses culturales evitaron que se produjera una escisión irreversible de la sociología respecto de la literatura, la historia y la crítica. El gesto rupturista es más claro en Ingenieros, quien, despojado del respaldo de una tradición familiar, se propone interpretar la historia y la realidad argentina desde un fundamento científico, y aun desde una interpretación biológica de lo social. El surgimiento de una raza neo-latina, unida a

condiciones geográficas y económicas, permitirá a la Argentina escapar del destino de atraso que, en cambio, ata a países como el Brasil. Es el descuido de estas determinaciones, sumado a lo impreciso de sus formulaciones, lo que permitirá a Ingenieros criticar el análisis de las multitudes por parte de José María Ramos Mexía. En esta crítica González encuentra “el modelo de todas las discusiones sobre el método y sentido de las ciencias sociales”, de Sarmiento y Alberdi a Milcíades Peña y Jorge Abelardo Ramos. El gesto de separar ciencia de literatura, gesto que González equipara con el de Mitre frente a Vicente Fidel López, no permite valorar que la fuerza del planteo de Ramos Mexía surge de una escritura en la que se muestra transido entre el desprecio hacia la cultura popular y la fascinación por lo oscuro. De todos modos, sostiene González, la crítica “científica” de Ingenieros se diferencia de la de Germani en que no niega todo valor a sus predecesores “precientíficos”. Más que desde la ruptura con sus mayores, González interpreta el itinerario de Ingenieros desde la inversión de su propia mirada, pasando de mirar el Estado desde *La Montaña* a ver *La Montaña* desde el Estado, y considerando a ésta como descabellada y patológica, siendo necesario el gesto de control del Estado. Esta inversión permite a González tomar en cuenta la constitución literaria de la ciencia, y subrayar la forma en que ésta incorpora su propia sinrazón o desatino.

Luego de prestar una considerable atención a los debates de principios de siglo, el recorrido se hace más leve. Llamativamente, en una mirada que valora la profundidad analítica del ensayismo, el recorrido entre el positivismo de principios de siglo y la figura de Germani se resume a rápidos comentarios sobre las figuras de Roberto Arlt, Alfredo Poviña y Raúl Scalabrini Ortiz, deteniéndose solamente en Ezequiel Martínez Estrada. González destaca que éste, apoyándose en Simmel pero también en un vago funcionalismo, mantuvo un recorrido paralelo al de la academia, desde donde sería desconocido por Germani. Subraya González que la preocupación de Martínez Estrada por la relación entre cultura popular y cultura cosmopolita y la crítica a la cultura de aula hace posible un fructífero diálogo con la obra de Antonio Gramsci, al que lo une la común referencia a Rodolfo Mondolfo. La referencia a éste permite a González anticipar las transformaciones del gramscianismo en la década de 1980 y soñar con una Carrera de Sociología fundada por otro italiano, en la que figuras como Gramsci y problemas como el de la revolución ocuparán un lugar importante desde el comienzo.

Pero, casi lamenta González, la Carrera de Sociología fue fundada recién a fines de la década de 1950 por Gino Germani, quien adscribía a un proyecto que, por fuera y en oposición al “especulativismo” con que asociaba a la universidad peronista, reunía bajo el

concepto de modernización las tareas de construcción de conocimiento científico y de transformación de la sociedad argentina. En dicho proyecto, propone González, podía leerse la preocupación gramsciana por los asincronismos culturales volcada en la vasija de la *scienza nuova* sociológica que debía enfrentar la tarea de explicar porqué la historia vivida había desviado las predicciones realizadas con respecto de la sociedad argentina. Las definiciones de Germani, sintetiza González, rozaban la complejidad de las ideologías políticas de fusión pero, resistiéndose a buscar en ellas la cifra de las prácticas sociales históricas, apelaban al abstracto historicismo de la noción de transición para conjurar la proliferación de imágenes sociales.

González dedica lo mejor de su análisis a describir el haz de propuestas enfrentadas al diagnóstico germaniano, desde el “nacionalismo marxista” de Hernández Arregui a la crítica que en el mismo espacio de la carrera de sociología planteaban figuras como Miguel Murmis o Eliseo Verón. Será el mismo Verón quien, desde un pensamiento que combinaba criterios marxistas y estructuralistas, intentará reconstruir condiciones de producción del debate del período. Propondrá la paradoja de que el gobierno pro-imperialista de Onganía expulsa de la Universidad a los científicos aliados del imperialismo para reemplazarlos por los “anticientíficos de derecha” que en las Cátedras Nacionales adoptarán posiciones anti-imperialistas. González explica

la situación por el énfasis que el golpe de 1966 puso en la oposición entre liberales y nacionalistas, la expulsión de docentes asociados con la primera tendencia generó un vacío sobre el que “otros” profesores construyeron el espacio de las Cátedras Nacionales. Entre ellos sobresale la figura de Roberto Carri quien, desde una sociología “fanoniana” donde la violencia era una forma de conocimiento, delineaba un primitivismo político que rechazaba la fundación ilustrada de la sociología universitaria. Mientras desde las Cátedras Nacionales se impugnaban los límites de la sociología, desde el marxismo se cuestionaba el saber sociológico en nombre de una racionalidad científica capaz de abarcar la totalidad de la experiencia. De esta forma se volcaban en el interior del espacio académico para intentar dirimir con sus recursos ciertos debates políticos, como el referente a los orígenes del peronismo, que en círculos más amplios había sido planteado por figuras como la de Milcíades Peña.

La minuciosa descripción del escenario de debate de la década de 1960 no es seguida por una similar consideración por el de los primeros años de la década de 1970, a los que explícitamente se identifica con aquéllos. Aunque, como se plantea, unos y otros compartieran la tensión entre la politización autorreflexiva del sujeto y el garantismo sociológico, de todos modos sería necesaria una mayor reflexión acerca de las formas específicas adoptadas por dichos discursos así como la ausencia de una comparable

reflexión teórica y política. Con similar rapidez, y tal vez esto sea más comprensible, se pasa por sobre “la vida vegetativa” de la sociología durante el Proceso y sobre los avatares de la “disciplina” en la vuelta a la democracia, en la que ya no cuenta para nadie. La rápida descripción de los trabajos en curso pone en evidencia el carácter heteróclito y descentrado de la situación presente, en el que no existen ámbitos de debates comunes. González lamenta que la oportunidad abierta por la pérdida de su quilla, la cuestión de la cientificidad, no haya derivado en la liberación de todos sus lenguajes, desde el estadístico al novelístico. Podemos preguntarnos si tal como se manifiesta en los dos períodos “densos” del libro y del artículo, el del positivismo y el de la “sociología científica”, no fue justamente la pretensión de centralidad del discurso científico y las reacciones contra dicha pretensión lo que animó las idas y vueltas de la sociología.

La cantidad de trabajos que continúan y amplifican el de González hace imposible que nos refiramos específicamente a cada uno; por ello, seguiremos el recorrido que plantean por la historia de la sociología, deteniéndonos solamente para plantear algunas consideraciones específicas o para subrayar ciertos problemas. Dada la importancia que el artículo introductorio de González asigna a la Generación del '37, en particular sorprende que sólo el artículo de Gustavo Nahmías se ocupe del tema presentando al *Facundo* a la vez como “la primera obra sociológica

argentina” y la inauguración del mal en política. En una interpretación cercana a la de Martínez Estrada, encontramos los “invariantes históricos” que atrapan al hombre y a la nación, y lo condenan a repetir el acto de origen. De la misma forma, encontramos a la sociología argentina condenada a oscilar entre ciencia y ensayo, atrapada en los polos de la operación sarmientina que la hizo nacer.

A continuación encontramos varios textos que tratan el prolífico momento positivista de la sociología argentina. Se problematiza así la difícil relación entre descripción y explicación en Ramos Mexía y se siguen los esfuerzos de Quesada para postular una explicación de la crisis del '90 que supere la retícula moralista, así como sus disputas en torno de la definición del idioma nacional. Particularmente interesante es el artículo en que Lisandro Kahan cuestiona la fácil comodidad en que nos sitúa la designación, planteando un cuadro anticipatorio que limita nuestra posible lectura. Concentrándose en la obra de Ingenieros, muestra que aún su período más canónicamente positivista está cruzado por la autoasignación de las categorías empleadas para delimitar lo patológico: la simulación y el fumismo. Kahan toma en serio esta postulación, lo que lo lleva a sostener la posibilidad de leer la entera teoría de la simulación como siendo ella misma una simulación. Partiendo de una lectura fuertemente deudora de la crítica de Derrida a Foucault, Kahan niega la unidad de una episteme, de la obra de un autor, o de un texto en particular, e invita a releer la

totalidad de nuestra historia intelectual, a no interrumpir la lectura.

Esta apertura a una interpretación más compleja del momento positivista, que hace posible recuperar la desbordante imaginación con que esta corriente pensó los “bordes de lo social”, permite postular un vínculo con el posterior ensayo de interpretación. Bibiana Del Brutto señala la casi obsesiva preocupación por las raíces de la mentalidad nacional como un elemento compartido. Así, la explicación del caudillismo por la herencia hispánica, en Lucas Ayarragaray, y la caracterización negativa de la organización política por el sustrato criollo, en Carlos Octavio Bunge, son tópicos de una psicología esencialista que, invertidos, encontramos en la sociología de Jauretche. Este pensador reaparece en el artículo de Matías Manuele como el portador de una sabiduría del “estaño”, que es más acorde a la realidad social argentina que el dato estadístico que podría servir para el capitalismo avanzado. Reencontramos aquí el tópico del combate entre ensayo y ciencia y, aunque se sostiene que no son antagónicos, todo lo valioso es colocado en una sola posición, mientras la otra sigue siendo leída como ajena a la realidad local.

Este juicio sumario puede contraponerse al juicio de González, quien se niega a equiparar el ensayo con el amaneramiento literario o el ocultamiento de los datos. El ensayo más bien se vincularía con la vacilación interna, con la indeterminación radical, que trabaja textos que no sólo son

los que se definen como tales. Esta valoración abre la sección del libro dedicada a los “clásicos discrepantes”, entre los que destaca a Carlos Astrada y Ezequiel Martínez Estrada. Ezequiel Ipar presenta al primero como un filósofo desgarrado entre la búsqueda de autenticidad en el origen y la constitución de una dialéctica “telúrica” en la que el silencio rige la historicidad americana. En los artículos de Gabriela Antonowicz y Karina Casella encontramos a un Martínez Estrada que descubre la esencia bajo la superficie, lo eterno en el nivel de la tierra. El relato de la historia nacional en perpetuo cambio es el adoquín que cubre la tierra de la pampa, el invariante del origen, el trauma original que sigue operando y no permite que haya historia. Es frente a este fatalismo caracterológico que Enrique Berger delinea el proyecto de Hernández Arregui, una sociología que permitiría atender los procesos concretos de constitución de la conciencia nacional sin caer en la especulación metafísica de Martínez Estrada o Astrada. La contraposición científicista ensayo vuelve a ser puesta en cuestión por la figura de Hernández Arregui, un “ensayista” que con armas científicas, provenientes más del marxismo que de la sociología académica, se enfrenta al telurismo del ensayo nacional.

Al prologar la sección destinada a la “sociología científica”, González plantea importantes precisiones sobre la operación de Germani. Apoyándose en los aires de modernización, a los que se habían resistido los círculos

intelectuales predominantes durante el peronismo, Germani rechazó como intuicionista y carente de sustento empírico la sociología que había sobrevivido en Filosofía y Letras. Al hacerlo no desconocía el pensamiento social anterior sino que construía sobre la negación, que alcanzaba a importantes antecedentes, su propuesta teórica y metodológica. La operación a través de la cual Germani redefinió el significado de la sociología es analizada por Buccafusca, Serulnicoff y Solari. El italiano habría cambiado y fijado el sentido a través de la adjetivación: la sociología era sociología científica y nacía en ese momento, lo que implicó la devaluación de los pensadores anteriores, en particular de los antipositivistas que lo habían precedido. Los antecedentes no se buscaban aquí sino en las ciencias sociales americanas, que si bien no eran perfectas, tenían lo que aquí faltaba: rigor y método. Se adscribía también a una teoría de la modernización, de carácter teleológico, la que, aun reconociendo la presencia de diferentes ritmos en las distintas sociedades, lo que explicaba fenómenos desviados como el del populismo, postulaba que la historia marchaba en una dirección: la de la modernización. Esta confianza en la dirección del cambio que concluía en la democracia se vio minada después, cuando encontró en las mismas tendencias a la modernización y la individuación elementos que llevaban hacia la sujeción. Esto derivó en la adopción de un pesimismo lúcido que, para

González, lo acercaba a su gran rival, Martínez Estrada. En esta lectura, de una amplitud sólo aparente, lo rescataba de Germani parece sólo aparecer cuando abandona su proyecto inicial y la búsqueda de certeza científica. Una mirada más positiva sobre la figura de Germani la encontramos en el artículo de Lucarini, donde la distancia con el optimismo germaniano no es interpretada como lúcido desencanto, sino asociada con una sociedad sin mayores ilusiones. De esta forma se abre la vía para retomar, al menos, parte de la herencia de Germani para intentar repensar el lugar de la ciencia como constructora de un relato colectivo inclusivo.

Los puntos ciegos del proyecto de Germani pronto fueron denunciados tanto desde el marxismo, como del nacionalismo peronista y aun desde el propio espacio académico. Entre las críticas “internas” se destaca la de Verón, quien se propone sostener una práctica científica alejada del cientificismo. La ciencia se caracterizaría por su capacidad de tematizar sus condiciones ideológicas de producción, poniendo en evidencia el carácter subjetivo de la constitución del objeto de análisis, lo que no borraría el componente ideológico del discurso pero sí permitiría neutralizar el objeto ideológico. El problema, sostiene el artículo, es que la reconstrucción de la elección subjetiva sólo se lleva adelante desde el punto de vista que la realiza, por lo que es incapaz de objetivarla. Esta crítica al cientificismo contrasta fuertemente con la que le realiza Roberto Carri y que es

reconstruida por Valentina Salvi. Carri denuncia el vínculo entre sociología y sociedad: la objetivación que caracteriza a la primera sólo sería posible por el carácter fetichista de las relaciones sociales, por la disolución de las singularidades en la igualdad formal de la mercancía. Sólo tenemos objetos e individuos aislados y la ciencia se propone ligarlos exteriormente sobre la base de leyes universales. Pero, en la lectura de Salvi el planteo no concluye en la apelación, lukacsiana, a una nueva totalización sino que recuerda, anticipando motivos posestructuralistas, que lo que se borra es la particularidad, o mejor aún singularidad, que se opone al orden universal y tiende a disolverlo; lo que se borra es la política. Finalmente merece destacarse la reconstrucción de la posición de Milcíades Peña quien, invirtiendo los planteos tradicionales, define el planteo germaniano como ensayístico e ideológico. Éste se caracterizaría por construir una imprecisa interpretación de las transformaciones de la sociedad argentina en la que no se definirían los sujetos sociales, las modalidades del cambio ni las formaciones sociales emergentes de la nueva estructura. La acusación se sustentaba en una postura epistemológica, que colocaba al investigador dentro de la totalidad social a dilucidar, en contacto con sus tensiones, y en una interpretación de la historia nacional, a la argentina, como una sociedad cuyas clases dominantes se habían mostrado incapaces de constituir un proyecto de desarrollo nacional independiente.

Luego de una serie de entrevistas a figuras importantes de la historia de la disciplina y de un silencioso paso por la década de 1970, no sólo por la dictadura sino por el período de radicalización política que caracterizó a la primera mitad de esa década, el libro concluye con un artículo de Eduardo Rinesi que analiza la sociología posterior a 1983. La caracterización es claramente negativa: se ha perdido la carga de utopía que había hecho de la sociología un discurso capaz de intervenir en el mundo de la política y de la vida social. Y esta defeción de la sociología se da justamente en el momento en que el fin de las grandes certezas le da la oportunidad de tomar a su cargo las preguntas fundacionales acerca del sentido de la vida social. Esta oportunidad no fue aprovechada, ya que se abandonaron las viejas cuestiones e instrumentos, y aquí podemos volver a preguntarnos si lo que se festeja, el abandono de las grandes explicaciones, y lo que se añora, la presencia en el debate público y la interrogación acerca de los fundamentos del orden social, no se hallan estrechamente ligados. Rinesi considera que al adherir, desde el campo cultural, a la discontinuidad que el alfonsinismo intentaba establecer con una tradición y una cultura política que se calificaban como autoritarias, se intentó saltar por sobre los problemas del pasado, a los que se consideraba superados, reemplazándose el economicismo por un politicismo igualmente reduccionista. Así, de la teoría de la dependencia a la de la

transición a la democracia, construida sobre la base de oposiciones simplistas que recordaban demasiado la teoría de la modernización. El artículo, y el libro, culminan marcando el contraste entre la apagada sociología del presente, a la que tal vez se trata con la injusticia con la que ella trató a su antecesora de la década de 1970, y lo que la sociología fue, presentada en forma algo idealizada. El desafío, para Rinesi, pasa por recuperar la vocación de intervención pública presente en el pasado y que hoy falta.

Concluyendo, la *Historia crítica de la sociología argentina...* es un trabajo importante y ambicioso, asociado con un proyecto que intenta reactivar la tradición de la sociología para restablecer un diálogo con ella. Al llevarlo adelante no puede más que presentar una lectura selectiva, donde el restablecimiento de la tradición del ensayo deja poco espacio, a pesar de las declaraciones en contrario, para la sociología científica y figuras como la de Germani. Por otro lado, el diálogo con la tradición parece sostenerse en un gesto que más que en las

rupturas coloca el énfasis en la continuidad de la tensión que enfrenta al ensayo con el discurso científico, gesto continuista que permite incluso equiparar. El rechazo de la idea de episteme, rechazo que Kahan sostiene sobre la exhibición de las fracturas y excesos que la cruzan, tiende a resolverse no en una noción de continuidad histórica. La crítica a reducir el análisis al contexto proponiendo seguir la deriva del nombre sociología concluye en la fijación del nombre y así en una concepción tradicional de la historia de las ideas. El diálogo con la tradición se funda entonces en un gesto continuista que permite la clave del conflicto “eterno” entre ensayo y discurso científico. Estos rasgos: desatención del contexto de producción y gesto continuista que hacen posible la equiparación del debate entre Mitre y López con en el que enfrenta a Germani con Milcíades Peña.

Afortunadamente, como ya planteamos, el mismo libro brinda instrumentos con los que combatir sus limitaciones. La crítica al reduccionismo de las etiquetas que planteado con respecto al positivismo podría

extenderse para interpretar a pensadores como Germani, sin necesidad de establecer un corte abrupto entre el sociólogo científico y el trágico ensayista de los últimos años. La misma atención que permite tener en cuenta que la salvaje imaginación de un Ramos Mejía o un Ingenieros excede el marco de la defensa del orden existente, permitiría apreciar la sutileza de trabajos como los de Germani o la trágica situación de quienes en la década de 1980 intentaron refundar sus sueños en torno de la promesa democrática. Más que en la apelación retórica a una síntesis en la que, tal como está aquí definido, el discurso científico no tendría nada que aportar, deberíamos depositar nuestra esperanza en la desconstrucción de los polos en conflicto y en la promesa de una lectura que sepa encontrar, y apreciar, tanto las razones de la tradición ensayística como la desmesura y la capacidad de invención del proyecto científico.

*Ricardo H. Martínez  
Mazzola  
UBA / CONICET*